

no para los Borbones. Por lo demas, la pacificación de la Vendée era á los ojos de todo el mundo uno de los mas felices acontecimientos posibles y que presagiaba una paz mas difícil é importante, cual era la paz en la Europa. Antes de comenzar la campaña de este año, quiso el primer cónsul cerrar las sesiones del Cuerpo legislativo, y apresurar la adopción de los muchos proyectos de ley que le habia presentado. Quejáronse algunos individuos del Tribunado de la rapidez con que se los obligaba á discutir y votar. «Nosotros decia el tribuno Sedillez, hombre imparcial y moderado, «somos arrastrados por un *torbellino de urgencia*, «cuyo rápido movimiento se dirige hacia el objeto «de nuestros deseos. ¿No vale mas ceder á la impetuosidad de ese movimiento, que esponerse á «interrumpir su curso? El año próximo examinaremos con mas detención los proyectos que nos «han presentado y aumentaremos lo que necesite «reforma.» Todo marchaba, en efecto rápidamente hacia el objeto que se habia propuesto el primer cónsul. Las leyes votadas se ponian en ejecución, y los empleados nombrados se dirigian á sus respectivos destinos. Los nuevos prefectos tomaban posesion de sus cargos, y la administración recobrava en todas partes una homogeneidad y actividad nunca vistas. Las contribuciones atrasadas ingresaban en el tesoro público, desde que la formación de las listas permitia presentarse con un título legal á los contribuyentes. Cada dia nuevas disposiciones señalaban mas claramente la marcha política del gobierno. Acababa de concederse á otra lista de proscritos, el beneficio de su anulación figurando en ella gran número de

escritores públicos, como los señores de Fontaines, de La Harpe, Suard, Sicard, Michaud y Fievé, á quienes se levantó el destierro, ó se autorizó salir de sus retiros. Los diputados de la Asamblea constituyente, conocidos por haber votado la abolición de las instituciones feudales, estaban ya libres de todos los rigores con que se los habia perseguido en tiempo de la Convencion y del Directorio. Un famoso emigrado del 18 de fructidor, negociador y firmante del primer tratado de paz, que hizo la Republica, el ex-director Barthélemy, fué nombrado senador á propuesta de los cónsules. En fin otro proscrito de la misma época, Carnot á quien se habia levantado ciertamente el destierro, nombrándosele inspector del ejército, acababa de ser llamado al ministerio de la guerra en reemplazo del general Berthier, que habia tomado el mando de uno de los ejércitos de la República. El nombre de Carnot era entonces un gran nombre militar, al cual estaba ligado el recuerdo de las victorias de la Convencion en el año de 1793; y aunque el nombre del general Bonaparte bastaba para hacer temblar á la coalición, unido el de Carnot al suyo, debia producir y produjo en efecto verdadera sensación en los estados mayores extranjeros.

Estando próxima á terminarse la legislatura, hizo la oposicion del Tribunado su última tentativa, la cual causó alguna agitación, aun cuando fué rechazada por una gran mayoría. Las sesiones del Cuerpo legislativo no debian durar mas de cuatro meses. El Tribunado no tenia término señalado para sus sesiones, y podia reunirse aunque las vacaciones del Cuerpo legislati-

vo no le diesen asuntos que despachar. Por esto se le presentó una proposición para que aprovechase el tiempo con las peticiones que él solo podía recibir, y con las votaciones para que estaba autorizado, sobre objetos de interés general. Propuso Mr. Benjamin Constant que se pasasen estas peticiones á comisiones distintas sometiéndolas á un trabajo continuo, y procurándose por este medio no solamente la discusión de todos los actos del gobierno, cosa muy legítima en sí, sino también su discusión permanente durante los doce meses del año. Esta proposición fué desechada por lo que tenía de grave y trascendental, resolviéndose únicamente que el Tribunalado se reuniese una vez cada quince días, para oír una relación de peticiones, la cual debería quedar sobre la mesa de aquel cuerpo compuesta del presidente y de los secretarios. Reducida la proposición á estos términos, no podía ya ofrecer recelo alguno.

Esceptuando esta última tentativa, concluyeron las sesiones tranquilamente aun en el mismo Tribunalado, donde los proyectos del gobierno habían obtenido tan grande mayoría, que era menester una estremada propensión á ofenderse para culpar á este cuerpo por la oposición de veinte de sus individuos. El primer consul, por muy dispuesto que estuviese á no tolerar la menor contrariedad, tomó el partido de no hacer caso de aquella oposición. Así fué, que esta primera legislación, llamada del año de VIII, no correspondió de manera alguna á los temores, que ciertos propagadores de malas nuevas trataban de difundir. Si las cosas hubiesen seguido despues en

este estado, todo el mundo se habría conformado con este último simulacro de los congresos deliberantes. Aquella generación alarmada y aun el gefe que había puesto á su cabeza, las habrían igualmente tolerado.

Poco tiempo antes de cerrar las sesiones, dió el primer consul respecto á la imprenta periódica una providencia que sería hoy un fenómeno imposible, porque entonces, gracias al silencio que en esta parte guardaba la constitución, era una providencia de todo punto legal, y gracias al espíritu de la época una disposición casi insignificante. La constitución en efecto nada decía de la imprenta periódica, y no dejara de parecer extraño, que libertad tan importante como la de escribir no hubiese merecido siquiera mención especial en la ley fundamental del estado. Pero la tribuna entonces, tanto la de las asambleas, cuanto la de los clubs, había sido para las pasiones revolucionarias el medio mejor de manifestarse, y se había usado tanto del derecho de hablar, que apenas se tuvo en cuenta el de escribir. En la época del 18 de fructidor, se usó algo más de la imprenta, si bien fueron los realistas los que más especialmente se valieron de ella, y escitó contra sí tal sublevación entre los revolucionarios, que despues ya no pudo inspirarles sino un interés muy mediano. De esta manera se explica que fuese proscripta en el 18 de fructidor, omitida al redactar la constitución del año VIII y sometida desde entonces á la voluntad arbitraria del gobierno.

El primer consul que había tolerado con poca paciencia los ataques de los diarios realistas,

cuando era solamente general del ejército de Italia, comenzaba ya á indignarse por las indiscreciones que la imprenta cometia al hablar de las operaciones militares, y por los virulentos ataques que se permitia contra los gobiernos extranjeros. Dedicado de un modo particular á la reconciliacion de la República con la Europa, temia que los periódicos republicanos, violentamente desencadenados contra los gabinetes estraños sobre todo despues de haber recibido estos las ofertas de la Francia, hiciesen vanos todos sus esfuerzos de reconciliacion. El rey de Prusia especialmente se habia quejado de algunos diarios franceses y manifestó esplicitamente su disgusto. El primer consul, que se proponia borrar por todas partes cualquiera señal de violencia, y que ademas no estaba contenido respecto á la libertad de la imprenta por una opinion pública, firme y decidida, tal como la que existe en la actualidad, dió una disposicion por la cual suprimió gran número de periódicos; y designó los que tendrian el privilegio de continuar publicándose. Estas disposiciones debian regir hasta la paz general. Trece fueron los periódicos que se conservaron: *El Monitor Universal, el Diario de los Debates, el Diario de Paris, el Bien informado, el Publicista, el Amigo de las leyes, la Llave del gabinete, el Ciudadano francés, la Gaceta de Francia, el Diario de los hombres libres, el Diario de la tarde, el Diario de defensores de la Patria, la Década filosófica.*

Estos diarios privilegiados estaban ademas advertidos de que se suprimirian inmediatamente aquellos que publicasen artículos contra la Constitucion, contra los ejércitos, contra su gloria ó

sus intereses, así como los que publicasen invectivas contra los gobiernos estraños, amigos ó aliados de la Francia.

Esta disposicion que tan estraordinaria pareceria hoy, fué recibida sin murmuracion y estrañeza, porque las cosas reciben su valor del espíritu que á la sazón domina.

Los votos pedidos á los ciudadanos con motivo de la nueva constitucion, habian sido ya recogidos y contados. El resultado de este escrutinio se habia comunicado al Senado, al Cuerpo legislativo y al Tribunalado, por un mensaje de los cónsules. Ninguna de las constituciones anteriores habia sido aceptada por mayor número de votos.

Contáronse en 1793 en pró de la constitucion de aquella época un millon ochocientos mil votos favorables y once mil votos contrarios: y para la constitucion directorial de mil setecientos noventa y cinco, un millon cincuenta y siete mil votos favorables y cuarenta y nueve mil contrarios. En la ocasion presente hubo mas de tres millones de votantes, de los cuales los tres millones adoptaron la constitucion, y mil quinientos solamente la rechazaron. Estas vanas formalidades, seguramente nada significan para los hombres sensatos, porque no puede juzgarse de la voluntad de una sociedad por semejantes señales vulgares y frecuentemente falsas, sino por el aspecto moral que aquella presenta. Pero la diferencia en el número de unos y otros votantes tenia aquí un significado incontestable, porque á lo menos probaba cuan general era el asentimiento á un gobierno fuerte y reparador, capaz de asegurar el orden, la victoria y la paz.

Antes de marchar al ejército el primer consul se decidió en fin á dar un paso importante: su establecimiento en las Tullerías. Mediante la predisposición de los ánimos á contemplar en él un César ó un Cromwel, destinado á terminar el reinado de la anarquía con el reinado del poder absoluto, el hecho de establecerse en el palacio de los reyes, era un paso delicado y atrevido, no por efecto de las resistencias que podia provocar, sino por el efecto moral que necesariamente habia de producir.

A este paso quiso el primer cónsul que precediese una ceremonia imponente y hábilmente discurrida. Washington acababa de morir. La muerte de tan ilustre personage que habia llenado con su nombre el fin del siglo último, habia sido un motivo de sentimiento para todos los amantes de la libertad europea. Juzgando el primer cónsul que una manifestacion con este objeto seria muy oportuna, dirigió á los ejércitos la orden del día siguiente:

«Washington ha muerto! Este grande hombre «ha combatido contra la tiranía, y consolidado la «independencia de su patria. Su memoria será siempre grata al pueblo francés, así como á todos los «hombres libres de ambos mundos, y especialmente á los soldados franceses, que como él y «como los soldados americanos se batan por la «igualdad y por la libertad.»

En su consecuencia se decretaron diez dias de luto que debia consistir en una gasa negra colocada en todos los estandartes y banderas de la República. No se limitó á esto el primer consul, y dispuso que se celebrase una funcion noble y

sencilla en la iglesia de los inválidos, que en el lenguaje pasagero de la época se llamaba *Templo de Marte*. Las banderas conquistadas en Egipto no habian sido todavía presentadas al gobierno. El general Lannes fué el encargado de presentarlas al ministro de la Guerra bajo la cúpula magnífica erigida y dedicada por el gran rey á la ancianidad guerrera.

El 9 de febrero, (20 de pluvioso) hallándose reunidas todas las autoridades en el cuartel de los inválidos, el general Lannes presentó al ministro de la guerra Berthier, noventa y nueve banderas tomadas en las Pirámides, en el monte Thabor y en Aboukir, pronunciando una arenga, corta y marcial, á que contestó el general Berthier de la misma manera. Estaba sentado este entre dos inválidos centenarios, y tenia á su frente el busto de Washington, rodeado de mil banderas conquistadas en Europa por los ejércitos de la Francia republicana.

No lejos de aquel sitio se habia colocado una tribuna á donde se vió subir un proscrito, que debia su libertad á la política del primer cónsul. Era este Mr. de Fontanes, escritor puro y brillante, el último que ha sabido manejar aquella lengua francesa, antes tan perfecta, y sepultada hoy con el siglo XVIII, en el abismo de lo pasado. Hizo Mr. de Fontanes en un lenguaje estudiado pero sublime, el elogio fúnebre del héroe de la América, celebrando las virtudes guerreras de Washington, su valor y su desinterés, y colocando sobre el génio militar, que sabe alcanzar la victoria, el genio reparador que sabe terminar las guerras civiles, cicatrizar las heridas de la pa-

tria y dar la paz al mundo. Junto á la sombra de Washington evocó Mr. de Fontanes las sombras de Turena, Catinat y Condé, y hablando en cierto modo en nombre de aquellos grandes varones, pronunció bajo la forma mas delicada y digna, alabanzas llenas de nobleza, porque lo estaban tambien de lecciones prudentes y juiciosas.

«Si, exclamó al terminar su discurso, si, no serán olvidados tus consejos, ¡oh Washington! ¡oh guerrero! ¡oh legislador! ¡oh ciudadano sin mancilla! aquel que, jóven todavia, te ha sobrepujado en los combates, cerrará como tú con sus manos vencedoras las heridas de la patria. «Muy pronto, y de esto nos responden su voluntad y su talento guerrero, si fuese por desgracia necesario, muy pronto resonará el himno de la paz en el templo de la guerra, entonces un impulso universal de júbilo borrará la memoria de todas las injusticias y vejaciones..... y aun los oprimidos comienzan ya á olvidar sus males, confiándose al porvenir..... las aclamaciones de todos los siglos seguirán al héroe que haga este beneficio á la Francia, y al mundo tanto tiempo hace agitado por ella.»

Concluido este discurso; colocáronse gasas negras en las banderas; y la República francesa llevó luto por el fundador de la República americana, como lo llevan unas monarquías por las pérdidas que tienen otras. ¿Qué faltaba á semejante pompa, para que tuviese la grandeza de aquellas escenas fúnebres, en que venia Luis XIV á oír el elogio de uno de sus guerreros, de boca de Flechier ó de Bossuet? Sin duda lo que faltaba no era la grandeza de las cosas y de los hom-

bres, porque se hablaba de Washington delante del general Bonaparte, y se hablaba en medio de una sociedad, que habia visto tambien á los Carlos I subir á un cadalso y aun seguirlos allí mugeres coronadas. Podíanse pronunciar en el mismo lugar á cada instante los nombres de Fleurus, de Arcole, de Rivoli, de Zurich y de las Pirámides, y tan magníficas palabras podian seguramente dar tanta grandeza á un discurso, como los de las Dunas y Rocroy. ¿Qué faltaba, pues, á esta solemnidad para ser enteramente grande? Faltaba lo que el mayor hombre del mundo no podia prestarle, faltaba primero la religion, no la religion que se afecta tener, sino la que verdaderamente se siente, y sin la cual los panegíricos que se hacen de los muertos son siempre frios; faltaba allí el genio de Bossuet, porque hay grandezas que no se reproducen en las naciones, y si los Turenas y los Condé tienen sucesores, no los tienen por cierto los Bossuet; faltaba allí en fin, cierta sinceridad, porque el homenaje así hecho á un héroe célebre, sobre todo por el desinterés de su ambicion, era á todas luces afectado. Sin embargo, no vayamos á creer, reproduciendo vulgares interpretaciones, que todo fuese en aquel caso pura hipocresia: sin duda, habia bastante: pero tambien habia las ilusiones consiguientes á aquella época, como á todas. Los hombres en efecto se engañan mas veces á sí propios, que á los demas. Muchos franceses, como los romanos en tiempo de Augusto, creian aun en la República porque se pronunciaba respetuosamente su nombre, no siendo muy seguro tampoco que quien dispuso esta fiesta fúnebre, que el mismo gene-

ral Bonaparte no se hiciese ilusiones al celebrar á Washington y que no creyese en efecto que se podia gobernar en Francia como en América sin llamarse emperador, ni rey.

Esta ceremonia fué el preludio de la instalacion de los tres cónsules en las Tullerías. Hacia mucho tiempo que se estaban haciendo en este palacio las reparaciones necesarias, borrando las señales que habia dejado la Convencion, y suprimiendo los gorros colorados que habia ella mandado colocar en los dorados artesones. El primer consul debia ocupar las habitaciones del piso principal, el mismo que ocupa hoy la familia reinante para las audiencias de noche. Sumugery sus hijos debian alojarse en el entresuelo. La galeria de Diana, era entonces como ahora el vestíbulo por donde se pasaba para ir á la habitacion del jefe del estado, hizola adornar el primer consul con multitud de bustos que representaban una série de hombres grandes, manifestando por medio de la eleccion de estos bustos los personajes que le merecian predileccion: eran estos Demóstenes, Alejandro, Annibal Scipion, Bruto, Ciceron, Caton, Cesar, Gustavo-Adolfo, Turena, Condé, Duguai-Trouin, Marlborough, Eugenio, el mariscal de Sajonia, Washington, Federico el Grande, Mirabeau, Dogommier, Dampierre, Marceau y Joubert; esto es, guerreros y oradores, conquistadores y defensores de la libertad, héroes de la monarquia antigua y de la República, y en fin, cuatro generales de la revolucion, muertos en batalla, reuniendo así alrededor suyo las glorias de todos los tiempos y de todos los paises; como en torno de su gobierno queria reunir á to-

dos los partidos, inclinacion que entonces se complacia en manifestar á cada instante.

Pero no debia él solo habitar el palacio de las Tullerías; sus dos cólegas habian de ocuparlo tambien. El consul Lebrun fué alojado en el pabellon de Flora. En cuanto al consul Cambaceres cuyo rango era superior al consul Lebrun, se negó á hospedarse en el palacio de los reyes. Este personaje de prudencia consumada, y el único tal vez de los hombres de aquel tiempo que no haya dado cabida á ilusiones, dijo á su cólega Lebrun.—Cometeríamos una falta en alojarnos en el palacio de las Tullerías, eso no nos conviene á nosotros, y por lo que hace á mí no iré de seguro. El general Bonaparte querrá muy pronto habitarlo solo, y nos veriamos obligados á salir de allí: mas vale no entrar.—Cambaceres no entró en efecto. é hizo que le diesen un buen alojamiento en la plaza del Carrousel, que conservó despues tan largo tiempo como Napoleon conservó el Imperio.

Cuando todo estuvo dispuesto, y algunos dias despues de la célebre ceremonia verificada en el cuartel de los inválidos, determinó el primer consul tomar públicamente posesion de las Tullerías; y lo hizo con gran solemnidad.

El 49 de febrero (30 de pluvioso) dejó el Luxemburgo para trasladarse al nuevo palacio, precediéndole y siguiéndole un acompañamiento respetable. Los brillantes regimientos que habian venido de Holanda á la Vendée, y desde la Vendée á París, y que iban á adquirirse glorias por la centésima vez en las llanuras de Alemania y de Italia, abrian la marcha, mandados por Lannes,

Murat y Bessieres. Seguian despues en coches, casi todos de alquiler, los ministros, el Consejo de estado, y todas las autoridades públicas; y últimamente los tres cónsules en una hermosa carroza tirada por seis caballos blancos, los cuales tenian una circunstancia especial y oportuna: eran los mismos que el emperador de Alemania habia regalado al general Bonaparte con motivo de la paz de Campo-Formio. El general habia tambien recibido de aquel principe un magnifico sable, que tuvo cuidado de ceñirse aquel dia. De esta manera ostentaba en torno suyo todo lo que recomendaba al guerrero pacificador. La multitud que obstruia las calles y las avenidas del palacio de las Tullerías, le recibió con vivas aclamaciones. Estas aclamaciones eran sinceras, porque saludaban en Bonaparte á la gloria de la Francia y el principio de su prosperidad. Al llegar al Carrousel, el coche de los cónsules fué recibido por la guardia consular y pasó por delante de dos cuerpos de guardia construidos, el uno á la derecha, y el otro á la izquierda de la plaza de palacio; en uno de ellos permanecia aun la siguiente inscripcion: LA MONARQUIA ESTÁ ABOLIDA EN FRANCIA, Y JAMÁS SE RESTABLECERÁ.

Apenas entró el primer consul en la plaza, montó á caballo, y pasó revista á las tropas que estaban formadas en frente del palacio; al llegar delante de las banderas de las medias brigadas, 96, 43 y 30, banderas ennegrecidas y destrozadas por las balas, las saludó y fué saludado á su vez por las aclamaciones de los soldados. Despues de haber recorrido sus filas, se colocó delante del pabellon de Flora, y las vió desfilar. En uno

de los balcones del palacio estaban los cónsules, las principales autoridades y su familia, en fin, los que comenzaban á tener algun rango en el estado. Terminada la revista subió á su habitacion, y el ministro del interior le presentó las autoridades civiles, el ministro de la guerra, las autoridades militares y el ministro de marina, todos los oficiales marinos que se hallaban á la sazón en París. Despues hubo un banquete en las Tullerías y en casa de los ministros.

El servicio del palacio consular se arreglo del modo siguiente: un consejero de estado, antes ministro del interior Mr. Benezech, estaba encargado de la administracion general. Los ayudantes de campo, y especialmente Duroc, debian hacer los honores de la casa, y reemplazar á la multitud de los empleados de todas clases de que ordinariamente están plagados los palacios de los monarcas europeos. Cada quince dias, el 2 y el 17 de cada mes recibia el primer cónsul al cuerpo diplomático, y una vez en cada década en dias diferentes y horas determinadas, recibia á los senadores, á los individuos del Cuerpo legislativo, del Tribunalado, y del tribunal de Casacion. Los empleados que tenian que hablarle debian dirigirse á los ministros de quienes dependian para que los presentasen. El 2 de ventoso (24 de febrero), dos dias despues de su instalacion en las Tullerías, recibió en audiencia al cuerpo diplomático. Rodeado de un numeroso estado mayor, y en medio de los dos cónsules vió presentarse los ministros de los estados que no estaban en guerra con la República. Introducidos por Mr. Benezech, y presentados por el ministro de ne-

gocios extranjeros, entregaron sus credenciales al primer consul, quien las pasó á manos del ministro, poco mas ó menos como hacen los soberanos de los gobiernos monárquicos. Los agentes extranjeros que figuraron en esta audiencia, eran el señor de Muzquiz embajador de España; Mr. de Sandoz-Rollin, ministro plenipotenciario de Prusia, Mr. de Schimmelpenninck, embajador de Holanda; Mr. de Serbellone, enviado de la República Cisalpina; y últimamente los encargados de negocios de Dinamarca, Suecia, Suiza, Baden, Hesse-Cassel, Roma, Génova etc. (*Monitor* del 4 de ventoso, del año VIII). Concluida la presentacion, todos los ministros fueron á cumplimentar tambien á madama Bonaparte.

Cada cinco dias pasaba revista el primer consul á los regimientos que atravesaban á Paris para dirigirse á las fronteras. Entonces era cuando se dejaba ver á las tropas y al pueblo, siempre deseoso de acudir á contemplarle. Delgado, pálido é inclinado sobre su caballo, interesaba y sorprendia á la vez por la gravedad y tristeza de su rostro, y por una apariencia de falta de salud que empezaba á dar mucho cuidado, porque jamás la existencia de hombre alguno habia sido tan deseada como la suya.

Despues de estas revistas eran admitidos á su mesa la oficialidad del ejército, los ministros extranjeros, los individuos de las asambleas, los magistrados y empleados de alta categoria; en todos estos convites reinaba un lujo moderado, porque todavia en aquella corte naciente no habia damas de honor, ni gentiles-hombres de servicio, y la etiqueta era en ella severa aunque un tanto afec-

tada. Abandonáronse voluntariamente los usos del Directorio, bajo el cual una imitacion ridicula de las costumbres antiguas, junta con la disolucion de las costumbres presentes, habia dejado sin dignidad alguna á la representacion exterior del gobierno. Aquí todo el mundo observaba y seguia con la vista al personage extraordinario que habia ya ejecutado tan grandes cosas, y que hacia esperar otras mucho mayores, aguardando siempre sus preguntas para contestar á ellas con deferencia.

Al dia siguiente de haberse establecido en las Tullerías, el general Bonaparte recorriéndolas con su secretario Mr. de Bourrienne, le dijo: «Bourrienne, héos ya en el palacio de las Tullerías!.... Ahora solo nos falta permanecer en él.»